

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. Ignacio Bernal y García Pimentel

Sillón: 14

29 de abril de 1963

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Dr. Alfonso Caso

Discurso de ingreso pronunciado por el Dr. Don Ignacio Bernal y García Pimentel*

Don Alfonso Teja Zabre, nació en San Luis de la Paz, del Estado de Guanajuato el 23 de diciembre de 1888. Sus primeros trabajos fueron en el campo de la literatura; desde 1910 aparecen "*Los Héroes Anónimos*" que pronto seguirían otros poemas, estudios y novelas. Pero es evidente que su verdadero interés fue la historia. Ya en 1917 publica la primera edición de su espléndida vida de Morelos que había de ser seguida por biografías de Cuauhtémoc y Santos Degollado. Más tarde, a partir de 1931, comienzan sus numerosos textos panorámicos sobre *Historia de México*. Para entonces había logrado el acopio de conocimientos y la visión necesarios para llevar a buen éxito estas obras de conjunto que no son crónicas sino verdadera historia. No es este el momento de hacer un estudio de lo que Teja Zabre consideró los temas fundamentales que explican los acontecimientos de nuestro pasado. Basta decir que comprendió muy bien la importancia del hábitat y en general del factor geográfico, del étnico y del económico, sin olvidar para nada el valor preponderante de la cultura y del individuo, tratando así de armonizar y de entender todos los elementos formadores de una Nación.

Como él mismo lo calificó, su método histórico fue de un "realismo interpretativo", basándose siempre en un documento fehaciente y mirando las cosas pasadas desde la altura serena que da el saber.

Con todo y sus tareas históricas Teja Zabre no se atuvo a ese campo. Se ocupó de sociología y principalmente de derecho habiendo colaborado en la redacción de leyes importantes. Llegó a ser magistrado del Tribunal Superior de Justicia y del Tribunal Fiscal. Tuvo todavía tiempo para ser un periodista de gran mérito y para dedicar años a la política y a la diplomacia habiendo representado a México en varios países de América.

Pero tal vez su influencia mayor la obtuvo de la cátedra. No sólo como excelente profesor, claro y ameno, sino por la publicación de sus libros de texto sobre historia de México. A nadie puede extrañar, aun por este breve e

* Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Tomo XXII. Abril-junio 1963, No. 2, pp. 113-134

incompleto resumen de tantas actividades que haya sido nombrado Académico de esta casa ilustre. Siéndolo, falleció en esta ciudad el 28 de febrero de 1962.

La Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid me ha honrado mucho más allá de lo merecido al elegirme para ocupar el sitio dejado vacante por tan sensible desaparición. No puedo expresar lo profundamente que siento este honor que me obliga, señores Académicos, al mayor esfuerzo para no defraudar esta gloria inmerecida.

Para mi discurso de ingreso a la Academia he escogido el tema de *Elogio a la Arqueología*.

Es difícil decir cuándo empezó el interés por las cosas antiguas. Se podría sostener que Herodoto fue un arqueólogo o que lo fueron los conquistadores romanos que saquearon y admiraron Egipto y Grecia. Más posible es que la Arqueología arranque de los célebres anticuarios del Renacimiento ávidos coleccionistas de mármoles griegos y en general redescubridores del mundo clásico. Más probable aún es hacerla comenzar con Juan Joaquín Winckelman que, aunque dedicado también al arte antiguo, ya ve las cosas dentro de su contexto histórico. Sin embargo, su principio más bien coincide con los adelantos de la técnica de campo, a partir de los descubrimientos sensacionales de Boucher de Perthes y sobre todo desde las primeras exploraciones estratigráficas de Pitt Rivers y de la serie de estudiosos que trabajaron en el último cuarto de siglo pasado. Esto quiere decir que la Arqueología es joven. Entre otras cosas así se explica la actitud que hacia ella ha tenido y aun a veces tiene el público. En el siglo XIX veía al arqueólogo como una especie de loco desmelenado, vacío de conocimientos pero lleno de fantasía, descubridor de tesoros antiguos a base de inspiración poética. Su fin era a veces comercial pero más frecuentemente lo movía la pasión, esa pasión que celebra Erasmo en su "*Elogio de la Locura*". En tono ligero me he permitido recordar tan célebre libro con el título de este discurso. No que haya comparación posible entre mi trabajo y el del humanista famoso cuya influencia llega hasta México; solo se parecen en que ninguno de los dos nos referimos a la demencia que claramente distingue Erasmo de locura, para él sinónimo de pasión, como lo es aquella "locura de la cruz" que cantó Verlaine; y es que al lado de la razón, el entusiasmo, la pasión, la imaginación, necesitan formar del equipo del arqueólogo. ¡Aléjese de sus caminos el que no sienta ese impulso vital!

En nuestra época quedan cuando menos dos conceptos acerca de lo que se supone ser la Arqueología. Los mencionaré brevemente para pasar al tema que debe ocuparnos.

Muchos creen que la Arqueología consiste en exploraciones de campo y en algunas técnicas de laboratorio; para ellos el arqueólogo ya no es el de la novela del siglo pasado, sino que viste ahora casco y botas, en los países nórdicos usa *shorts* en el verano y fuma una pipa. Lleva, como los turistas, cámaras abundantes y en múltiples bolsas coloca punzones y brochas, lápices y pinceles. Es un descubridor de ciudades o tumbas que camina intrépido por selvas y desiertos. Así los grandes momentos de la Arqueología, en libros banales de divulgación, se reducen al encuentro de las joyas de Troya y de Mecenas por Schliemann o a los despojos de Egipto por Belzoni, y de Persia por Botta.

Piensan por tanto que una venturosa temporada de campo, una sencilla clasificación de los materiales recogidos y el arqueólogo ha terminado. En consecuencia la Arqueología es un estudio fácil: con poco esfuerzo se puede hacer una aportación útil, que con suerte será sensacional. Hasta cierto punto esto es verdadero pero es altamente falaz, ya que el simple objeto no es arqueología como el simple documento no hace historia. Es cierto que la Arqueología por la misma limitación de sus hallazgos corre menos riesgo que la Historia de perderse en el detalle y tiene más facilidad a la comparación que lleva a la visión universal ya que son pocos los materiales y generalmente de la misma índole, los que se conservan en casi todas partes.

Otros, demasiado pragmáticos, piensan que el arqueólogo debe llenar vitrinas de museos, ayudar a los coleccionistas a distinguir lo falso de lo verdadero, atraer turistas y servirles de guía presentando vastos espectáculos de ciudades reconstruidas o dar base a algunos de los discursos en los cuales la arqueología como la historia, son reducidas al nivel de una política, para elaborar teorías nacionalistas o pensar en ingenuos retornos a glorias pasadas.

Estos fines prácticos tienen a veces su utilidad pero no son valores permanentes. No que la Arqueología vaya a ser esotérica y encerrada; debe abrirse al público para integrar la cultura y vivir su vida contemporánea que es, como veremos, la única que tiene. Afirma bien Shotwell al hablar de Flavio Josefo y de Polibio, que "la mera posesión de un pasado vigoroso es de menos valor que un auditorio crítico"¹. Además "es imposible decidir de antemano si las

¹ Shotwell, 1940, p. 175.

investigaciones al parecer más desinteresadas no se revelarán un día sorprendentemente útiles en la práctica"².

No voy a ocuparme hoy ni de estos aspectos populares ni de las técnicas de campo, ni de la aplicación práctica que pudieran tener ya que pienso que la Arqueología es mucho más. Voy a dedicarme a considerarla como una ciencia histórica, más reciente que otras pero no por ello menos importante. Si ella hablara podría decir, parafraseando la pasión de Erasmo, "Es poco demostrarles que de mi tenéis el principio y el comienzo de la vida; voy a enseñaros ahora cuantas ventajas, cuantos agrados de esta vida son tantos regalos que debéis a mi beneficencia"³.

La Antropología está basada en el concepto del estudio total del hombre incluyendo su desarrollo como animal, es decir, partiendo del evolucionismo físico o natural y continuándolo con el evolucionismo histórico o cultural. Este criterio no es enteramente nuevo y lo vemos expresado ya en el siglo XVIII pero sobre bases más filosóficas que científicas.

Los grandes teorizantes creadores de la Antropología fueron casi necesariamente anti-historicistas ya que eran sobre todo evolucionistas y al llevar la evolución natural al campo de la cultura humana tuvieron que alejarse de la unicidad aparente de la Historia. Así la naciente Antropología de fines del siglo XIX al incluir dentro de ella a la Arqueología casi olvidó que, a diferencia de la Antropología física, la Arqueología no es una ciencia natural sino lo que algunos han considerado como el preludio de la Historia, una ciencia cultural. Por esto la tendencia que cada día acerca más a la Antropología física a la Medicina, la Anatomía, o la Osteología, la aleja de la Arqueología y en este sentido, sólo por tradición se les agrupa juntas. En cambio el evolucionismo, sobre todo el que sigue los lineamientos señalados por un Teilhard de Chardin, se vuelve física, biología o culturología y entonces forma realmente no el preludio, sino el marco total de la Historia universal. Visto así el evolucionismo tiene de nuevo estrechas conexiones con la Arqueología y ambas ciencias toman su lugar en esa grave pero fundamental definición de Antropología como ciencia del hombre y de su cultura.

Por ahora, me parece que el valor incomparable de la Antropología consiste en la introducción de la Etnología (en el sentido europeo) dentro de la Historia,

² Bloch, 1949, vol. 3, p. XII.

³ Erasmo, 1959, p.16.

lo que casi equivale a que por primera vez la Historia se ha vuelto mundial en vez de sólo ocuparse de las altas civilizaciones.

La Arqueología como parte de la Antropología según se entiende la palabra en América, podría por tanto discutirse dentro del contexto de esta ciencia y así se ha hecho en general. Pero para mí la Arqueología está más íntimamente conectada con la Historia aunque no como preludio a ella, sino como parte integrante de ella. No sé si sea irreverente hacia ello el suponer que una musa tuvo hijos; de ser así, uno de ellos sería la Arqueología. En esta incluyo, lo que a veces se llama prehistoria que me parece una división sin sentido a lo menos como se usa en nuestro continente, considerándola sinónimo de precerámico o de más antiguo que lo antiguo. La Arqueología no se ocupa solamente de los pueblos primitivos sino también de los civilizados. Para ella tiene sólo relativa importancia que se trate de culturas letradas o de aquellas "sin historia", es decir sin documentos escritos. Aparte de la arbitrariedad de esa división que no deja sitio para los pueblos semi-letrados no parece ser una separación particularmente útil ya que precisamente el arqueólogo les está dando esa historia de que carecían.

Por ello vengo ante la Academia Mexicana de la Historia a discutir la Arqueología dentro del ámbito de la historia.

La inmensa mayoría de los arqueólogos admiten⁴, que la Arqueología es parte de la Historia pero no siempre la entienden como los historiadores. Piensan que su misión es "recrear el pasado". La tan repetida frase de Kroeber "la historia no puede relatar lo que realmente sucedió en la totalidad del pasado, porque ello tomaría tanto tiempo como los acontecimientos mismos"⁵, no es exacta si entendernos por historia algo más que una especie de crónica sofisticada.

(...) testigo para los griegos, (...) es etimológicamente "aquello que puede saberse preguntando" y esta es la aceptación en que uso la palabra. No me referiré para nada a historia en el sentido de "lo acaecido de los acontecimientos del pasado" sino al estudio e interpretación de ellos. Igualmente por arqueología sólo entiendo el descubrimiento y estudio científico y la interpretación de los objetos materiales del pasado, no el pasado mismo.

⁴ Taylor, 1948, P. 26.

⁵ Kroeber, 1935.

El problema que me preocupa no es el de colocar la Arqueología en el campo de la Historia lo que no presenta dificultad, sino el de proponer que la Arqueología, es historia con la sola diferencia de las técnicas *utilizadas* y los datos en bruto que esas mismas técnicas producen. Mientras el arqueólogo encuentra sus materiales en el campo y recoge objetos, el historiador los halla en el archivo y recoge documentos. Esta diferencia es muy importante pero se refiere a etapas en la investigación que podríamos llamar pre-arqueológicas o pre-históricas; en efecto, todavía no se trata de arqueología ni de historia, sino de trabajos que, aunque importantísimos, sólo son preparatorios.

Así me gustaría aplicar a la Arqueología la definición que de historia da Huizinga "es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado"⁶.

Como lo hace notar ese autor con la expresión "forma espiritual" se elimina el problema secundario, pero molesto, de las dos afinidades que tienen las ciencias históricas, por una parte con la ciencia y por otra con el arte, es decir, con la investigación y la forma literaria de escribir los resultados de esa investigación. Sobre todo, deseo destacar el hecho de que la Arqueología es una construcción mental a la que los objetos materiales solo dan su base científica, sin que estos objetos en sí sean arqueología. No se trata de la simple sombra reflejada en los muros de la caverna de Platón sino de la interpretación basada en los datos concretos que da la excavación pero al fin y al cabo interpretación que muchas veces no pasa de ser una hipótesis debidamente fundada en los hechos materiales. Muy importante es la limitación a "su cultura" ya que el arqueólogo las más de las veces estudia otra cultura inconexa a la suya o sólo parcialmente relacionada. Entonces la referencia a su cultura no parece caber. Creo que esto es sólo aparente ya que hoy en día, y he de volver sobre ello, todas las culturas conocidas, presentes o pasadas tienen en el arqueólogo una relación directa y por tanto en muchos modos son una y por tanto *sz*. Pero sobre todo indica el aspecto necesariamente subjetivo de la Arqueología que será diferente según la cultura que la haga, no porque los objetos recobrados sean diferentes, sino porque los intereses del investigador y sus postulados son diferentes, ya que la Arqueología la hace el arqueólogo no los pueblos pasados.

No sólo me refiero al aspecto obvio de que idénticos materiales puede llevar a distintas conclusiones según la forma en que se estudien, sino a los problemas que el arqueólogo desea investigar. Es aquí donde radica el por qué cada

⁶ Huizinga, 1946, p. 95.

generación tendrá que rehacer su arqueología como cada generación tendrá que rehacer su historia. Nunca podremos pensar igual que en otra época, ya que nuestro mundo, nuestro punto de partida son otros y por consecuencia nuestros problemas son también otros y necesariamente reflejamos las preocupaciones de nuestro tiempo. Así ha dicho Croce “toda verdadera historia es historia contemporánea”⁷. Para el historiador esto es una banalidad; para el arqueólogo aún no lo es porque su ciencia sólo empieza a observar no sólo como cada dato nuevo cambia la interpretación de lo anteriormente conocido sino cambia la visión total, como sucede con una pintura con sólo alterar uno de los colores.

Todos esos conocimientos que no son realmente arqueología como fue, sino como la vemos, como nos afecta, condicionan nuestro presente inexistente. Cada vez que el arqueólogo va más lejos en el estudio de una cultura conocida o desentierra otra nueva en cualquier parte del mundo transforma necesariamente y para siempre, no sólo el conocimiento de esa cultura, lo que podría ser sólo un detalle, sino la historia, ya que ese conocimiento va a afectar el pensamiento de los estudiosos que vengan en cualquier momento futuro aunque sólo se ocupen de aspectos aparentemente lejanos.

Y es que así como Goya no sabía que su futuro sería el Impresionismo, los Teotihuacanos no sabían que su futuro se llamaría Tula pero nosotros si lo sabemos y por ello nuestra visión de Goya o de Teotihuacán, tiene que ser diferente de la que pudo tener cualquier contemporáneo de ellos que no podían saber su significado posterior y tenían que verlos con ojos distintos de los nuestros.

Contrariamente a lo que parece a primera vista, la materia de la Arqueología no está dada de por sí. Existen los objetos o los monumentos pero son mudos, nada significan, mientras sus implicaciones no sean elaboradas con cuidado. “El historiador tiene que rebuscar y conectar, tamizar, y ordenar el material de los hechos para llegar a conocer la materia prima de sus actividades”. “La visión histórica no es el resultado de un proceso que siga siempre a la elaboración de la materia prima previamente acumulada, sino una operación que va realizándose ya continuamente durante el mismo trabajo de sondeo y excavación, pues la ciencia, en el individuo no se realiza en la síntesis, sino ya en el análisis. . . ”Para poder abordar el análisis tiene que existir en el espíritu, de antemano, una cierta síntesis. Y aquí es donde reside el mal. No pocas veces el historiador se lanza a buscar su material sin un buen planteamiento previo del

⁷ Croce, 1942.

problema que le preocupa. Y así descubrirá materiales que a nadie interesan" ⁸. Este párrafo de Huizinga parece escrito para el arqueólogo.

No es por el descubrimiento en sí sino por el uso que de él se hace, como se logra verdadera arqueología. Al igual que no pensamos que Herodoto o Tácito, o aun Ranke, sean célebres porque usaron documentos, no pensamos que la gloria del arqueólogo radique en encontrar monumentos (por indispensable que esto sea) sino es saber convertirlos en Arqueología, es decir en Historia. El simple interés en las antigüedades fácilmente degenera en curiosidad, en preciosismo o en acopio de datos irrelevantes al igual que la Historia puede convertirse en sólo estilo literario o colección de detalles sin significación para nadie. La mejor exploración deja de tener sentido si no es una respuesta a las preguntas científicamente cálidas que se le dirigen.

El pasado sólo puede convertirse en Arqueología en la medida en que llegue a comprenderse. El que un hecho o un objeto pertenezcan al pasado, no lo hacen arqueológico; sería sólo arqueográfico. Este es el punto de vista de un coleccionista interesado en las piezas como tales. Aún aspectos más avanzados, como la construcción erudita de tipologías cerámicas, sólo son comparables a la paleografía de un documento pero todavía no van más allá. Los hechos históricos y los objetos arqueológicos no existen realmente en cuanto ya no son arte de un proceso y han "perdido el nombre de acción", mientras no tengan sentido cultural ni contenido humano que los haga parte viviente de una civilización.

Como dice Wheeler "el arqueólogo no escarba cosas sino gentes", de donde concluye que por muy importantes que sean las labores de campo no puede pretenderse que la pala sea más poderosa que la pluma⁹.

El pasado sin determinación alguna no es más que el caos. Así la materia arqueológica requiere ser determinada conceptualmente con mayor precisión. Pero el pasado es delimitado en cada caso concreto por el tipo de sujeto que trata de entenderlo. Cada cultura tiene *su pasado*. No en el sentido de que este pasado deba aparecer circunscrito por las vicisitudes del grupo exponente de esa cultura, sino en el sentido de que el pasado sólo se vuelve arqueología para él en la medida en que lo entiende.

⁸ Huizinga Op. cit., p. 19.

⁹ Wheeler, 1956, p. 13.

También por esto la Arqueología o la Historia están cambiando todo el tiempo, aún en los casos en que no hay nuevos documentos. A veces sabemos más de la Historia y la entendemos mejor que personajes cercanos a ella. Cleopatra no hubiera podido informarnos tanto sobre la larga cadena de los faraones sus predecesores como lo puede hacer un egiptólogo y Moctezuma sólo podría habernos contado algunas leyendas míticas sobre la cultura teotihuacana.

En efecto, la Arqueología parece ser muy moderna. Por ella dice Woolley que "el verdadero interés de los objetos arqueológicos consiste en el hecho de que son nuevos" ¹⁰. Nos dan una nueva dimensión cultural dinámica, ya que entre todos ellos tenemos no la secuencia local o temporalmente limitada que puede darnos la Historia, sino la cultura humana universal. Sabemos que en muchos casos las culturas o civilizaciones antiguas ni siquiera se conocieron; luego no tienen nada que ver unas con otras; luego podemos suponer que no hay arqueología Universal o que no hay historia Universal. Esto no es exacto porque en cuanto las conocemos esas culturas se incorporan a la nuestra y en diferentes modos, grados y formas la condicionan y se agrupan a una civilización moderna universal. "La naturaleza de la cultura lleva consigo el que todo aquello que su espíritu comprenda se convierte en parte de ella misma" ¹¹.

Como dice Li Chi en relación a la Arqueología sónica: "La misión más importante del arqueólogo es contestar una serie de nuevas preguntas concebidas a la luz de la ciencia moderna pero sólo vagamente visualizadas por historiadores de generaciones pasadas... como la referente a la naturaleza y crecimiento de la civilización China" ... ¹²

Según van cambiando los temas "de moda" se establece un "*consensus omnium*" válido, no sólo para los arqueólogos sino para toda la ciencia contemporánea en formas muy difíciles de entender. Siempre hay algunos temas que preocupan "*in actu*" a algunos arqueólogos; en potencia a todos. En las otras ciencias sucede lo mismo, pero siendo la Arqueología una de las más inexactas sigue ese curso en forma menos previsible haciendo, sin embargo, "avanzar las fronteras del conocimiento por ese pasado en apariencia impenetrable"¹³. "Los historiadores del antiguo Egipto y de Babilonia no son los antiguos egipcios ni los babilonios, sino los modernos arqueólogos. Su hazaña una de las más grandes en toda la historia de la ciencia, de ensamblar los anales

¹⁰ Woolley, 1950, p. 13.

¹¹ Huizinga, *Op. cit.*, p. 94.

¹² Li Chi, 1957, p. 5

¹³ Shotwell, *Op. cit.*, p. 50.

de centurias que con frecuencia, nos dejaron un recuerdo consciente de sí mismas, ha obscurecido la pobreza de las fuentes en que se basa la historia de las civilizaciones más primitivas" ¹⁴.

Ya que la Arqueología, como he tratado de hacer ver, es en mi concepto una forma espiritual y no los objetos y los monumentos mismos, al igual que la Historia no son los acontecimientos sino el conocimiento de ellos y por otro lado la Arqueología es tan moderna no resulta incomprensible decir que es el más reciente capítulo de la Historia, de hecho un capítulo que apenas empieza a escribirse. La Arqueología al haber entrado sólo hace poco en nuestra formación mental, al haber proporcionado a nuestro mundo una nueva visión mucho más amplia de lo que ha sido y por tanto de lo que es, al haber dilatado sus confines mucho más allá de la historia escrita nos obliga a pensar en nosotros mismos y en los mundos que nos ha creado en términos diferentes de lo que pudo hacerse antes. Esta es, claro, su aportación fundamental.

Pero aún hay otras de las que sólo mencionaré alguna: nuevo concepto del tiempo, de la perspectiva histórica, del arte.

Entre las muchas cosas que han cambiado en los últimos cien años que está en lugar preponderante el concepto del tiempo, el tiempo factor esencial en nuestra psicología, no el tiempo "científico". En este sentido la Arqueología ha dado una aportación esencial al pensar moderno, demostrando que las épocas tienen distinto tiempo, no en el sentido estricto de que cada hora siempre tiene 60 minutos sino en el sentido de su aprovechamiento. Entre mejor lo usamos, porque somos más viejos, más corto nos parece el tiempo aunque sea igual en realidad al que de jóvenes nos pareció más largo porque lo utilizamos menos bien. A las culturas humanas les pasa lo mismo, mientras ahora 20 años introducen tremendos cambios en nuestro mundo, un milenio no fue nada para el paleolítico. La Arqueología nos ha dado una nueva impresión del tiempo "cultural", nuestro tiempo humano a diferencia del tiempo astronómico.

Nuestro pasado ya no cabe en la cronología Bíblica ni en los 4004 años del Obispo Ussher, sino que se ha aumentado a cientos de miles, en tal forma que la historia escrita ocupa menos del 2% de la vida de la humanidad.

Como han dicho Bergson y más recientemente Teilhard es el tiempo el más grande descubrimiento de la ciencia contemporánea como elemento constitutivo

¹⁴ Shotwell, *Op. cit.*, p. 89.

de todas las cosas. No diferimos tanto de nuestros antepasados porque conocemos más cosas sino porque hemos descubierto al tiempo y así hemos aprendido a ver todas las cosas en una perspectiva más amplia¹⁵.

Esto nos lleva al tema de la nueva perspectiva histórica.

Los occidentales hemos por fin entendido que somos una civilización, no la civilización, así como que el propio fenómeno de civilización, es sumamente reciente en relación al total de la vida del hombre en este planeta, cada vez más estrecho de anchura y cada vez más hondo en profundidad.

Nos asombramos ante los adelantos técnicos de nuestra época; nos preocupamos ante su frecuente indiferencia humanística o social. El estudio de las civilizaciones desaparecidas cuyos restos existen aún en grandes partes de nuestro planeta puede decirnos mucho sobre nuestras inquietudes. Ellos también tuvieron problemas similares y nuestro conocimiento de los errores que hayan cometido al tratar de resolverlos puede impedir que caigamos en ellos y nuestro fin sea tan trágico como fue el suyo. La Arqueología nos muestra que no sólo nosotros sino también esos lejanos antepasados tuvieron sus momentos gloriosos en que lograron inventos tan sensacionales como los de nuestro tiempo. La agricultura y la domesticación de animales, la metalurgia y todas las artes, el lenguaje mismo y cuantas cosas más debemos a pueblos que a veces vanidosamente consider [incompleto]*

Finalmente así como Huizinga¹⁶ piensa que "nuestra historia es por primera vez una historia universal", Malraux ha insistido en que por primera vez la humanidad ha descubierto un idioma universal del arte. No es sólo que se pretenda que al arte o a la historia occidental se hayan sumado todos los demás sino fundamentalmente al hecho de que podemos conocerlos, de que para el público culto y no sólo para unos cuantos especialistas, China y México, Egipto y el Perú, la India y el África negra son libros cuando menos entreabiertos. Ya no juzgamos con un canon único ni apreciarnos sólo una herencia estética. Podemos admirar igualmente a Mona Lisa o a Coatlicue, a Nefertiti o a Venus. Las épocas de descubrimiento primero, y la facilidad de transporte y reproducción, han permitido conocer a las artes contemporáneas. ¿Pero quién más que la Arqueología ha contribuido a que se conozcan las artes antiguas; ella que ha escarbado la tierra fecunda o ha

¹⁵ Sildiers, 1960, p.26.

* En el impreso el párrafo termina con esta frase cortada.

¹⁶ Russell, 1951, p.85

sacado de la inconsciencia en que yacían perdidos en bodegas de museos los monumentos de todas las culturas pasadas? Nos ha enseñado a Sumer y a Babilonia, a Memphis y a Tebas, a Delphos y a Micenas, a Palenque y a Monte Albán. El arte etrusco y el maya, el de Benin y el de Anyang pueden por primera vez contemplarse unos a otros maravillados del talento de los hombres y maravillarnos a nosotros los herederos de todos ellos.

Cuando Bertrand Russell menciona¹⁷ el efecto que la ciencia ha tenido sobre la posición del hombre en el Universo piensa que por un lado lo ha degradado pero por otro lo ha exaltado aún más. Así la arqueología por un lado ha mostrado lo pequeño del instante que a cada hombre toca vivir en relación a lo largo de la cadena que lo une con su más remoto antepasado sobre la tierra pero por otro lado le muestra todos los días más claramente el inmenso camino que ha recorrido desde sus humildísimos principios, la unicidad del espíritu humano con sus enormes posibilidades de variación y adaptación y las facultades que nuestro pasado indica podemos aumentar. "Nuestro gran asunto siendo el de vivir, toda ciencia debe ayudarnos a ello y con este punto de vista no se debería ser negligente de aquélla que nos aprende como, antes de nosotros, tantos hombres han vivido sobre la tierra"¹⁸.

Todo lo que he dicho antes no sólo se aplica a México sino que en un país como el nuestro se multiplica en importancia. No sólo la arqueología nos está revelando la mitad de nosotros mismos sino la mayor parte de nuestro pasado. ¿Qué son 4 siglos de historia en relación a 10 milenios? Si lográramos entender nuestra raíz indígena como entendemos nuestra raíz española, comprenderíamos en condiciones mucho más fructíferas a nuestro país que no es sino la combinación de las dos estirpes.

Pero sobre todo la arqueología en México es un campo único desde el punto de vista de la investigación científica. Creo que no se ha visto, por lo general, con bastante claridad este aspecto. En la mayoría de las ciencias el investigador mexicano, que a veces ha realizado milagros, está muy limitado por la escasez necesaria, por ahora y por mucho tiempo, de las bases indispensables. No es probable que en un largo período cuente con los laboratorios, las bibliotecas, los recursos necesarios para adelantarse en aquellos campos de investigación ocupados por los países ricos que tienen todas esas posibilidades. El arqueólogo en cambio casi no necesita de ello y además tiene

¹⁷ Bloch, *Op cit.*, p. XIII.

¹⁸ Bloch, *op. cit.*, p. XIII.

reservas maravillosas que apenas está empezando a explorar. Puede perfectamente y debe, con los recursos actuales estar a la altura de los mejores de sus colegas del mundo. Se requiere, claro, el apoyo, el aliento que le brinde su sociedad y que ésta no podrá negarle, si se da cuenta que aquí está uno de los campos más fértiles y evidentes en los que México debe destacar.

Como todo arqueólogo me intereso en tumbas; más aún habiéndome dedicado a Oaxaca, donde son fuente inagotable. Pero no sólo allí sino en todas partes los hombres se han esforzado para preservar más allá de la muerte el recuerdo del ser querido, admirado o temido. Desde el pobre agujero en la tierra hasta las masas aplastantes que erigían los faraones tenemos toda la gama imaginable. Así he visitado con emoción o con interés cuantas me ha sido posible, aunque ya no se trate de explorarlas: tumbas románticas como la de Julieta, tumbas dudosas como las varias que tiene Colón; tumbas de personajes notables, austeras y solas como la del Cid bajo el piso de la catedral de Burgos, o suma de todo un mundo como la del Emperador que aún domina París desde los Inválidos, o tumbas extraordinariamente bellas como las de los Reyes Católicos en la catedral de Granada; panteones donde una nación ha reunido a sus más ilustres hijos Westminster Abbey y Santa Croce de Florencia, o cementerios reales que son prodigios de arte como Saint Denis o de cristiana humildad como los Capuchinos de Viena. En algunos, grandes genios han dejado sus obras: Moisés que se venga aplastando a Julio II o unos Médicis sólo recordados por las estatuas incomparables que les donara Miguel Ángel. Hay además aquellos camposantos donde, entre numerosos nombres que ya nada dicen, yacen personajes cuyo recuerdo nos entusiasma. A veces llevan una inscripción conmovedora o profunda. En ninguna parte como en México podría aplicarse con tanta verdad la paráfrasis de la línea escrita sobre la tumba de Michelet: "La Arqueología es una resurrección".

BIBLIOGRAFIA

- 1949—BLOCH MARCEL.—*Métier d'historien*.—Colin, Paris.
- 1942—CROCE, BENEDETTO.—*La Historia como hazaña de la libertad*.—Fondo de Cultura Económica, México.
- 1959—ERASME, DIDIER.—*Eloge de la Folie*.—Max Leclere, Paris.
- 1960—HOURS, JOSEPH.—*Valeur de l'histoire*.—Presses Universitaires de France.
- 1946—HUIZINGA, J.—*El concepto de la historia y otros ensayos*.—Fondo de Cultura Económica, México.
- 1935—KROEBER, A. L.—"*History and Science in Anthropology*", *American Anthropologist* 35:539-569.
- 1957—LI CHI.—*The beginnings of Chinese civilization*.—Seattle.
- 1951—RUSSELL, BERTRAND.—*The impact of Science on Society*. — New York.
- 1940—SHOTWELL, J.T.—*Historia de la Historia*.—Fondo de Cultura Económica, México.
- 1948—TAYLOR, WALTER W.— "*A Study o f Archaeology*", *American Anthropologist*.— Vol. 5o, No. 3, part. 2.
- 1956—WHELLER, SIR MORTIMER. — *Archaeology from the Earth*.—Pelican.
- 1960.—WILDERS, N. M—*Teilhard de Chardin*.—Editions Universitaires. Paris.
- 1950.—WOOLLEY, SIR LEONARD.—*Digging up the past*.—Pelican.

Respuesta del Académico Dr. Don Alfonso Caso

Sería inútil si pretendiera presentar ante una asamblea de historiadores mexicanos, al Dr. Ignacio Bernal. Sus trabajos, que se iniciaron en 1947 y que aumentan cada día en profundidad y extensión, ya lo han dado a conocer ampliamente, y la Academia Mexicana de la Historia, al elegirlo como uno de sus miembros, sancionó y reconoció sus méritos de investigador.

Pertenece el Dr. Bernal a una familia en la que la erudición y la historia casi podría decirse que son congénitas. Desde Dn. Joaquín García Icazbalceta y Dn. Luis García Pimentel, la historia de México debe mucho a esta ilustre stirpe, no sólo por la publicación de documentos inéditos y luminosos trabajos de investigación, sino también por haberse dedicado frecuentemente, a la ingrata y útil tarea de compilar bibliografías.

Como muestra de esta herencia, uno de los últimos libros de Ignacio Bernal, *La Bibliografía de Arqueología y Etnografía de Mesoamérica y el norte de México*, que publicó el año pasado, demuestra que este raro impulso de "consumirse en servicio de los demás", no terminó con el sabio don Joaquín. Este libro, que todos utilizaremos y que nadie citará, reafirma la vocación de sacrificio y de erudición del Dr. Bernal.

Nacido en esta ciudad el 13 de febrero de 1910, hizo sus primeras letras en México y en Canadá, y estudió su Bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria. Se graduó de Abogado en la Escuela Libre de Derecho y de Maestro en Ciencias Antropológicas y Doctor en esta disciplina, en nuestra Escuela Nacional de Antropología.

Largo sería enumerar los puestos que ha desempeñado, bien sea en sus tareas de establecer contactos internacionales o de representar a México en sociedades y congresos, principalmente relacionados con la historia y la arqueología del país.

Como Consejero cultural de la Embajada de México en Francia; como Delegado permanente de México ante la UNESCO; como miembro de la Comisión Internacional de Monumentos y como Presidente del último Congreso de Americanistas, la labor de Bernal en el campo de la cooperación internacional, para la ciencia y la cultura, tiene una gran trascendencia.

Pero es aquí, en el país, en donde su labor ha dado los mejores frutos. Como Secretario de la Sociedad Mexicana de Antropología, como Secretario y Subdirector del Instituto de Antropología y actualmente, como Director del Museo Nacional, lo que ya ha hecho y lo que podrá hacer en el futuro el Dr. Ignacio Bernal, será de primer orden para las ciencias antropológicas.

Hemos tenido el placer de que Ignacio Bernal colabore en varias de nuestras investigaciones. En las exploraciones de Monte Albán, en el estudio y la publicación del libro *Urnas de Oaxaca*, en varios artículos que serán publicados en el *Handbook of Mesoamerican Indians*, y sobre todo en el estudio de la cerámica de Monte Albán, que hemos hecho junto con Jorge Acosta, y que esperamos publicar —quizá— el año próximo.

En reconocimiento a su labor, varias sociedades mexicanas y extranjeras lo han distinguido haciéndolo socio. Entre las nacionales, la de Antropología, de la que ya hemos dicho que fue Secretario, la Academia Nacional de Ciencias y la de la Investigación Científica. Entre las extranjeras la Société des Américanistes de Paris, la Royal Anthropological Society of Great Britain and Ireland, la American Anthropological Association y la Society for American Archaeology, de cuyo Consejo es Miembro.

Bernal es un experto investigador en materia arqueológica; además de haber cooperado con todo éxito en las exploraciones de Monte Albán, se le deben las de Coixtlahuaca, Yagul, Cuilapan, Noriega, Acapulco y Mitla y sus recorridos por el Valle de Oaxaca para localizar la distribución geográfica de las culturas de Monte Albán.

Pero no concluyen aquí sus méritos; el Dr. Bernal es también un excelente maestro. Cuando fundamos la Escuela de Antropología, durante varios años dimos el curso de Arqueología de México y podemos decir que es con verdadera satisfacción que vemos ahora al Dr. Bernal al frente de esa cátedra, porque además de sus conocimientos y su erudición, es un magnífico maestro que sabe envolver su ciencia en una expresión ágil, frecuentemente humorística, que graba el conocimiento en la mente de sus alumnos, más que una tediosa y dogmática información.

Por eso se explica que haya sido invitado a dar cursos en la Sorbona, en Cambridge (Inglaterra) y en Harvard, California y Texas en los Estados Unidos.

Como uno de los miembros más activos de nuestra Sociedad de Antropología, fue designado para presidir la 5a. Mesa Redonda y ha asistido llevando la representación del Instituto de Antropología de México, a los Congresos de Viena, Paris y Palermo.

Sus publicaciones incluyen el resultado de las investigaciones que ha realizado y además, libros de divulgación sobre el arte antiguo de México y sobre técnicas de las exploraciones en el campo; notas bibliográficas y críticas sobre los más recientes trabajos de arqueólogos nacionales y extranjeros, y publicaciones de documentos inéditos. Los títulos que se deben a su pluma, son ya más de noventa.

Tal es, en un resumen muy escueto, la actividad científica del Dr. Bernal. Pero al lado de estas excelentes cualidades de erudito, de investigador y de maestro, tiene también fundamentalmente relevantes cualidades humanas de honestidad científica, de simpatía y de cordialidad, que apreciamos los que tenemos el placer de ser sus amigos.

Mi esposa y yo conservarnos, y conservaremos siempre, muy gratas impresiones de Ignacio Bernal y de su compañera Sofía, que contamos entre nuestros amigos más queridos.

** ** *

La disertación que nos ha leído hace unos momentos el Dr. Bernal, lo sitúa no sólo como un arqueólogo, sino como un humanista que está preocupado por averiguar el alcance de los métodos que emplea en sus investigaciones, y de situar la disciplina que cultiva, dentro del cuadro general de las ciencias culturales.

Como ya lo ha dicho él, la Arqueología es nueva como ciencia. Pasó de los gabinetes de antigüedades del siglo a considerarse sólo como un auxiliar de la historia, principalmente de la historia del arte, y es hasta ahora cuando emprende técnicas y procedimientos que le son comunes con las ciencias naturales, pero utilizándolos en una forma que le es característica. Por eso ahora la Arqueología se ha colocado definitivamente en la situación de una ciencia que averigua el pasado del hombre desde las épocas más remotas hasta nuestros días.

La tradición arqueológica en México es ilustre. Ya desde el siglo XVIII Boturini y León y Gama pretendieron, uno con los manuscritos y el otro con los monumentos, esclarecer los problemas de nuestra historia antigua y un historiador que ya se siente francamente mexicano, como Clavijero, da la primera visión completa de las viejas culturas indígenas, pulverizando con sus argumentos las teorías de que los pobres americanos eran cretinos, salvajes e incultos, y lo que es peor, irremediamente tarados, porque, como creía Mr. Paw, en América todo era de tan mala calidad debido a la "inclemencia del clima", que hasta los mismos europeos que se arriesgaban a vivir aquí, degeneraban sin remedio, como si el continente hubiera sido creado cuando ya el Creador estaba un poco fatigado de su obra.

Sería largo e impertinente citar los ilustres nombres de arqueólogos mexicanos que, durante el siglo XIX y en los primeros años de éste, crearon las bases sólidas de nuestra ciencia. Desde Fernando Ramírez y Orozco y Berra, hasta Del Paso y Troncoso y Gamio.

Pero entre todos estos ilustres nombres, hay una preocupación fundamental; trataron siempre de entender la Arqueología, como un método para adentrarnos al conocimiento de los fundamentos de nuestra historia.

Hay en efecto, dos modos de considerar la Arqueología: como un conjunto de hechos curiosos, entre más raros más interesantes, que nos deben preocupar precisamente por su singularidad, a tal punto que todavía existe y existirá durante mucho tiempo la expresión "es tan raro que debe estar en el museo", y la segunda actitud, que consiste en considerar que lo que importa es el estudio de la vida y de la cultura del pueblo antiguo, y revivir con la imaginación esa vida y esa cultura.

Para el primer tipo de arqueólogo —si lo hemos de llamar así— el hallazgo de un objeto tiene valor sólo en cuanto que es raro o hermoso. Para el segundo, un objeto es un documento que debe ser estudiado en su conexión con los de la misma naturaleza y con otros, de la misma cultura o de otras épocas y culturas. El objeto no importa sólo por su belleza —que a veces no la tiene— sino por su función; como expresión de un pensamiento; como solución material para satisfacer una necesidad; como expresión de una técnica utilizada en su elaboración.

Estamos muy lejos ya, por fortuna, del gabinete de antigüedades, de la colección de rarezas formada sin discernimiento, o para la complacencia del magnate que se recreaba en la obra de arte arqueológica. No sólo ha cambiado

nuestro concepto de la Arqueología, los museos, como el que se va a crear en esta ciudad, representan una visión objetiva de la vida de las culturas.

La Arqueología como la Historia, tienen que partir de hechos, es decir de documentos. El documento histórico es una obra escrita. La materia en la que lo está, es indiferente; pueden ser las pinturas que decoran las tumbas egipcias o las estelas y los sarcófagos griegos y romanos, o los vasos pintados, o el pergamino, el papiro o el papel, el historiador trabaja siempre con un documento escrito. No así el arqueólogo. En general, casi siempre no habrá ningún dato escrito que le permita guiarse, y tendrá que estudiar el edificio, la estatua, la punta de flecha o la vasija, y sacar sus conclusiones, utilizando sus propios métodos. El hecho histórico puede haber sido intencionalmente falsificado por el autor del documento. En cambio el objeto arqueológico nos permite llegar a conclusiones mucho más objetivas, en cuanto que no fue elaborado para demostrar una tesis. Nadie falsifica una punta de flecha para ingresar a la posteridad, o fabrica una vasija con el objeto de adular a su señor. Pero si el arqueólogo tiene documentos más seguros, en cambio, la información que proporcionan es mínima, en comparación con la que relatan los documentos escritos que utiliza el historiador.

Viene entonces después del hallazgo o del conocimiento del documento, la segunda parte. Su interpretación. La técnica fundamental del arqueólogo es el conocimiento del estilo. Solamente por comparaciones estilísticas podemos formar conceptos generales partiendo de los objetos arqueológicos. Las mismas técnicas científicas, como son por ejemplo la estratigrafía, el estudio de los objetos que se encuentran en las diversas capas del terreno, no tendrían ningún valor si no pudiéramos establecer comparaciones estilísticas entre lo encontrado y lo que ya conocemos. La principal arma en consecuencia, del arqueólogo, es el conocimiento del estilo. Por eso se engañan todos aquellos que creen que no podrá estar fundada la verdad arqueológica mientras no se haga un estudio químico de los materiales. Realmente para declarar que es falsa una vasija teotihuacana en la que apareciera la representación de San Pablo con su espada, no necesitamos hacer análisis físico-químicos del barro y de las pinturas. Nos basta ver la incongruencia del estilo. Claro está que a partir del estudio de los hechos, tanto el historiador como el arqueólogo tendrán primero que fijar si el hecho mismo está suficientemente comprobado, es decir si para el arqueólogo se demuestra en forma científica, que tal vasija, o tal implemento de piedra, o tal joya, aparecieron en una tumba no violada o en una capa de terreno que no haya sido alterada, como para el historiador es indispensable y previo comprobar la autenticidad del documento.

¿La Arqueología es sólo un auxiliar de la Historia, como lo fue en un principio cuando se descubrieron las estatuas, los sarcófagos, las estelas, las ánforas y las monedas que revelaron ante los ojos atónitos de los europeos del Renacimiento las huellas de la gran civilización grecolatina?

Lo que la Historia puede decirnos de la vida del hombre, es sólo el capítulo final, el más brillante, si se quiere, pero si se compara con el tiempo en que la especie humana ha vivido en el planeta, es sólo un instante.

Los paleontólogos, hacen retroceder cada vez más, el principio del hombre y de las razas anteriores al *homo sapiens* que lo precedieron; ya un millón de años parece una cifra demasiado conservadora.

En cambio nuestros conocimientos históricos se remontan cuando más al cuarto milenio antes de Cristo. Para que se tenga una idea, a escala de lo que esto significa, si suponemos que la vida de la humanidad sobre el planeta hubiera durado un día, la Historia sólo podría informarnos de lo que ha ocurrido en los últimos cinco minutos.

¿Qué es lo que queda fuera de la información histórica? El hombre apoderándose del fuego, y fabricando las toscas armas con las que logró vencer a sus contrarios y conquistar la tierra; la domesticación de los animales que le permitió, por primera vez conservar el alimento vivo, en vez de salarlo o ahumarlo; la invención de la agricultura, que lo convirtió en sedentario; la de la cerámica y la metalurgia; las primeras naves que cruzaron los ríos, los lagos y los mares interiores, las primeras observaciones astronómicas y los calendarios y por último el arte, la magia, la religión y la escritura que hizo posible la historia.

Lo que en las ciencias naturales hace el paleontólogo, que por medio de los restos fósiles de los animales desaparecidos, reconstruye las especies extintas, en las ciencias de la cultura lo hace la arqueología al reconstruir, valiéndose de los datos que descubre, las viejas civilizaciones. Puede informarnos no sólo de la industria y de las técnicas que usó el antiguo pueblo para resolver sus necesidades económicas por medio de la caza, la pesca, la agricultura, la industria o el comercio; nos informa también de su utilería bélica, sus armas ofensivas y defensivas, sus fortificaciones, y quizá pueda llegar a darnos hasta descripciones de su estrategia.

El descubrimiento de las pinturas y de las estatuas de sus dioses y el de las ruinas de sus templos, nos dirán cuáles eran las deidades que adoraban y nos explicarán las leyendas y los mitos que se han transmitido por tradición

oral, y podrá llegar a informarnos de su concepto del mundo y de las relaciones cosmológicas entre los dioses y la naturaleza, y la organización del sacerdocio encargado del culto. Sus amuletos y talismanes nos ofrecerán una visión de sus conceptos mágicos, sus palacios y las habitaciones del pueblo nos darán una idea de sus clases sociales, y por último, la frecuencia o ausencia de elementos de otras culturas, podrá decirnos si la civilización que está estudiando estaba en contacto comercial con otros pueblos, si imponía sus formas de vida o al contrario, si recibía la influencia preponderante de otras metrópolis, y así tendremos un atisbo de la organización social y política de ese pueblo, y fundado en estos hechos concretos, el arqueólogo podrá lanzarse más allá y tratar de revivir la sociedad desaparecida y, si además tiene la facultad creadora del artista, podrá hacernos sentir la vida desarrollándose en las ciudades que ahora no son más que polvo y ruinas; y nos hará ver los barcos cruzando los ríos y los mares, la multitud pululante alrededor de los templos o de los mercados, y los ejércitos marchando a lo largo de las rutas para defender las fronteras o sojuzgar a otros pueblos.

Para eso el arqueólogo necesitaría combinar las técnicas más rigurosas del trabajo científico, con la riqueza de imaginación y de evocación del poeta y quizá no pueda lograrlo, quizá por su educación, por su entrenamiento, por su, misma idiosincrasia, no pueda sino juntar los materiales; pero vendrá después quien poseyendo esta intuición que, por encima de los hechos lo pone en contacto con la vida, pueda revivir el pasado y entregarnos una obra de arte capaz de despertar por su misma vivencia, el sentido de realidad; y las culturas muertas volverán a aparecer ante nuestros ojos, cuando después del analítico desmembramiento a que se entrega el sabio, las toque con sus manos creadoras el poeta.

Para llegar a esas viejas culturas que dieron origen a las clásicas civilizaciones históricas, sólo nos puede conducir la arqueología. Ella revela, por las superposiciones de las ruinas de las ciudades muertas, los momentos de auge o de estancamiento; ella nos dirá cuándo una aldea se convierte en Metrópoli y domina con sus dioses, sus reyes, sus guerreros y sus comerciantes al país que la circunda, y comprobará la verdad de las leyendas y la exactitud de las crónicas.

Pero quizá lo que más nos interesa, es que sólo la Arqueología y la Historia podrán darnos una explicación de ese fenómeno, todavía tan misterioso, que es la decadencia y la muerte de las culturas.

¿Es este un hecho fatal como lo es para el ser vivo, o hay causas previsibles, que son las que originan la senilidad de una civilización? Todavía no lo sabemos, pero si lo conociéramos, podríamos evitar que nuestra civilización sucumbiera, como pasó con la de Mesopotamia o la egipcia, la griega o la maya.

Sólo el conocimiento profundo de esas antiguas culturas desaparecidas, podrá revelarnos las causas de su muerte; los fenómenos naturales o sociales que provocaron su extinción.

Quizá estamos ya, ante unas de esas causas: en el momento en que el hombre parece que ha perdido el sentido y se lanza voluntariamente a su aniquilamiento.

Quizá estamos en los momentos que precedieron a la caída del fuego del cielo, con el que los dioses hacen desaparecer a los hombres, cuando los indigna su locura.

Pero si consideramos en conjunto la vida de las colectividades humanas, podremos refugiarnos en una esperanza. Hay en el hombre cualidades de inteligencia y de voluntad que lo han hecho vencer las adversas condiciones que lo rodeaban: su imaginación, que a la inversa de la memoria, lo hace ver las cosas como no son y desear que sean como las concibe; su rebeldía ante las fuerzas de la naturaleza y ante los otros hombres; su audacia que le permite arriesgarse más allá de su conocimiento; su fe en su propio destino.

Si la física nos abre ahora las puertas de un futuro inconmensurable para nuestra propia imaginación y que apenas nuestra razón alcanza, la Historia y la Arqueología nos hablan de las luchas y de los triunfos del hombre en el pasado, y son éstos los que nos permiten creer que detrás de los trágicos nubarrones que ahora cubren el cielo, despuntará alguna vez, la aurora.